

¡SANTO APÓSTOL SANTIAGO!

Con el gozo pascual, que nos proporciona la Resurrección de Cristo, llegamos hasta ti, una representación de Hijas de la Caridad, y lo hacemos con el **júbilo** del peregrino, que llega a la meta: ¡ya están pisando nuestros pies tus umbrales Jerusalén! Nos acompañan en este itinerario espiritual nuestras Hermanas misioneras, que obedeciendo al mandato de Cristo: “Id por todo el mundo”, son apóstoles, estrellas que iluminan a los pueblos el verdadero Camino: “Cristo”.

Deseamos que nos contagies, Señor Santiago, tu espíritu audaz y misionero en la respuesta: “¿Podéis beber el cáliz? ¡Podemos!” Es la respuesta de la disponibilidad, de la valentía de todos los que se deciden a ser apóstoles del Evangelio. Que no sucumbamos ante la tentación del individualismo, la comodidad, el pesimismo ante la falta de vocaciones... Necesitamos fe de apóstol, que nos haga capaces de difundir a Cristo en los ambientes donde nos encontramos.

Al lado del Maestro comprendisteis, que la vocación a su Reino no es una vocación de poder, sino de servicio: “Así, como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20, 28), San Vicente de paúl y Santa Luisa de Marillac, nuestros Fundadores, quisieron que la Compañía de las Hijas de la Caridad fuese una Compañía de “siervas” por naturaleza, que sirven a los Pobres, **-sus verdaderos amos y señores-**. Estimula nuestra sensibilidad ante las variadas pobreza de hoy, renueva nuestro entusiasmo por un servicio audaz y creativo, que como “samaritanas” entre tantos hombres y mujeres heridos en el camino de la vida, pongamos sobre sus llegas el “aceite” y el “vino” de nuestra compasión, cordialidad, respeto, y devoción. Que perciban el amor de Dios a través de la ternura que les prodigamos. Con ellos y a través de ellos, debemos llegar a Dios.

Aquí, en esta hermosa catedral, testigo de la Fe de tantos peregrinos, te pedimos, Señor Santiago, la paz para el mundo, el respeto hacia toda dignidad humana, la justa distribución de la riqueza, porque los bienes de la Creación deben ser repartidos entre todos... y en este momento de gran afluencia de inmigrantes, haz que todos nos sintamos solidarios, y abramos las puertas de nuestro corazón para acoger a quienes buscan trabajo, pan y una vida más digna.

Vos, experimentasteis la fuerza del Espíritu Santo en torno a María; ella consoló vuestro cansancio y desánimo a orillas del Ebro, en Zaragoza. Enseñanos a recurrir a la Madre. Que ella sea también, nuestra animadora espiritual, aliente nuestros desánimos, e impulse la tarea apostólica de toda la Iglesia.

Te pedimos una bendición especial para el Papa, los Obispos, sacerdotes, religiosos, catequistas, transmisores de la Fe. Bendice a cada una de nuestras Hermanas Misioneras y a todos los que viven en grave riesgo de perder la vida por extender el mensaje de Jesús.

Danos, por último, tu bendición a todos los aquí reunidos. Amén